

trata y las estancias que forman el paisaje.
protada por decirlo así, del fondo de las
agras. Lo es sin duda, un pensamiento muy
aristado, aprovechar aquella tierra en la
formación de un parque público, que si no
fuerá en extensión y en magnificencia á
la famosa Villa Wiltshire, seguramente
se superará en poesía y en hermosas naturas.
Dadas las ocho de la noche llamamos á
nuestra posada, empizandole el siguiente día
en visitar algunos otros monumentos de que
y hablamos de las bellezas de nuestra tierra.
No cabe dudar de que el Sr. Napoléon por la
suavidad de su clima, la hermosura de su
cielo, sea incomparablemente bello y su capto-
rante vegetación por los rios monumenta-
les que encierran por los rios monumenta-
les que despierta y por su importancia me-
ritada y comercial, es digna de la admiración
del viajero y debe ser visitada, entre las
grandes capitales de Europa.



LA NOVELA EN MEXICO.

CON MOTIVO DE LA "CALANDRIA"

DE

D. RAFAEL DELGADO

LA NOVELA EN MEXICO.

CON NOTICIA DE LA CALANDRIA.

DE

EL AVANCE DEL TIEMPO.



I.

LA nueva edición que se ha hecho de «La Calandria», novela realista de nuestro compañero de redacción el Sr. Delgado, publicada por primera vez en la "Revista Nacional de Letras y Ciencias" y la acogida tan favorable que el público le ha dispensado, nos dan motivo para escribir estas breves líneas, en las cuales nos proponemos hacer un estudio medianamente detenido de una obra literaria que tanto ha llamado la atención, entrando, al mismo tiempo, en algunas consideraciones generales que quizá no carecerán de interés y servirán, cuando menos, para estimular á los jóvenes que sintiéndose con vocación para ello, se dediquen á este género de estudios.

Que la curiosidad haya entrado por mucho en el éxito alcanzado por el Sr. Delgado, es cosa que no podemos desconocer; se trata de un joven literato ya ventajosamente conocido, paisano nuestro, y con el cual la mayor parte de los lectores del Estado de Veracruz cultivan relaciones de amistad. Además, las escenas que pinta, las situaciones que describe y los caracteres que ha creado, son no solamente nacionales, sino que tienen un color local que no permite que se confundan ni con las escenas pintadas en otras novelas, ni con otras situaciones semejantes, ni con los héroes ideados por otros novelistas. Toda esto ha dado motivos suficientes para despertar de una manera vivísima la curiosidad del público, siempre más dispuesto á dejarse impresionar por lo que tiene ó cree tener á la vista, y de lo cual se considera en aptitud de juzgar según su propio criterio, que por lo que le es poco conocido.

Mas esto no quiere decir que la novela del Sr. Delgado carezca de mérito real, pues lo tiene, y muy grande, desde el momento en que eligiendo su autor, por ese instinto que forma parte del verdadero talento, un asunto al alcance de los lectores de todas clases, y decidiéndose, después de detenido estudio, á seguir las corrientes que hoy señalan

á la novela contemporánea los grandes maestros del arte, ha podido dar cima á una empresa que á muchos parecerá fácil; pero que ha debido presentar, y de hecho ha presentado al novelista orizabeño, gravísimas dificultades.

Vamos, pues, á darnos cuenta de ellas, para que comparándolas con la manera cómo el Sr. Delgado ha desempeñado su trabajo, de esta comparación resulte demostrado el mérito que nosotros atribuimos á la obra. Así quedará explicado también un éxito literario poco común entre nosotros y que no es, en verdad, debido, ni á una fácil admiración, ni á débiles complacencias, sino la recompensa justamente reservada al que trabaja con fe y constancia en el ameno, pero también escabroso campo de las letras.

II.

No es mucho lo que se ha escrito acerca de la novela en México, y no es ciertamente porque hayan faltado novelistas entre nosotros, sino porque en lo general, ni los estudios críticos se han cultivado lo bastan-

te, ni se ha prestado la atención debida á un género literario que ha sido visto como cosa frívola y baladí por los mismos que le han cultivado. Además, arrastrados nosotros por el ejemplo de otras naciones, siendo, por decirlo así, tributarios de las literaturas extranjeras, muy particularmente de la literatura francesa, sin haber hecho ningún esfuerzo serio, para crear una literatura nacional, hemos sido, generalmente hablando, imitadores de los novelistas más afamados de allende los mares. No es que nos hayan faltado hombres de talento original y poderoso, que hubieran podido hacer mucho en bien de la literatura nacional; sino que desconfiando éstos de sus fuerzas, y obedeciendo á una ley ineludible de toda sociedad nueva, quisieron más bien seguir el camino abierto por los novelistas extranjeros, convirtiéndose en imitadores suyos, halagados tal vez por los triunfos por éstos alcanzados.

Hay además de esta timidez, muy propia de quien es el primero en aventurarse en senderos desconocidos, una circunstancia que al mismo tiempo disculpa y explica este hecho y la cual apuntaremos desde ahora porque tendremos que hacer mención de ella cuando hablemos con especialidad de la novela del Sr. Delgado.

En los hombres dotados de verdadero ta-

lento literario, así como en los que tienen verdadero talento político, hay un instinto, ciego, irreflexivo como todos los instintos, pero como ellos firme y seguro que les hace comprender las dificultades de una empresa y conocer el momento oportuno de realizarla.

La novela es entre todas las formas literarias, la que corresponde á un grado mayor de complejidad en las pasiones y en los hábitos sociales. Por eso precisamente es la forma predilecta de las sociedades modernas, porque la vida moderna es esencialmente compleja en las pasiones que la animan, en los móviles que la dirigen y hasta en las costumbres que la constituyen. La poesía épica que fué para los pueblos primitivos lo que la novela es para nosotros, abraza en su vasta comprensión las creencias, las ideas, los sentimientos, las aspiraciones de un pueblo ó de una época, pero de una manera uniforme y general, como sentimientos ó ideas colectivas, y arrebatada nuestra admiración á causa precisamente de su grandiosa simplicidad. La poesía lírica, igualmente grata á nuestra época, aunque no más que la novela, porque no tiene un campo tan vasto donde extenderse, corresponde menos á la complejidad de sentimientos y de ideas que constituyen nuestra

vida; la poesía dramática, en fin, más poderosa, sin duda, que la novela misma para conmover á las multitudes por la ilusión de la escena, lo patético de las situaciones y el acento de la voz humana, tiene sin duda alguna limitada su acción á un espacio de tiempo y á un lugar determinado, no pudiendo por lo mismo comprender los sucesos de la vida en su inmensa complejidad.

Si la novela, pues, ha adquirido un inmenso desarrollo en otras naciones, es porque corresponde más que ninguna otra de las formas literarias á las necesidades de la vida moderna; pero al mismo tiempo porque ésta le presta en la misma complicación de los accidentes que la forman, en la complejidad de las naciones que la agitan, y en los múltiples y variados afectos y sentimientos que la animan, amplio campo para extenderse y desarrollarse.

Ahora bien, nuestra patria, aun después de consumada la independencia y á pesar de las agitaciones de los partidos políticos que por muchos años turbaron la paz de la República, no ha podido brindar á los novelistas con tales elementos. Nuestra sociedad, uniforme, hasta hace poco tiempo en sus creencias, morigerada en sus costumbres tímida en sus aspiraciones y no ofreciendo sino como raras excepciones profundas pa-

siones individuales, no podía ofrecer al novelista ese campo inmenso de observación que le ofrecen las naciones europeas, las cuales por un exceso de civilización han llegado á un grado de refinamiento apenas concebible. He aquí el motivo, en nuestra humilde opinión, por qué los ensayos hechos antes de la época presente, en este género de composiciones, han sido en lo general poco felices, si se exceptúan algunas novelas, como las de Florencio M^o del Castillo, en las cuales todo el interés nace de un sentimiento individual, cual es el amor. Los que quisieron seguir los rumbos indicados por la novela francesa, después de la revolución de Febrero de 1830, haciendo de la novela una obra de propaganda, un medio de reformas sociales, no lograron, á pesar del talento con que algunas de sus obras están escritas, si no hacerse ininteligibles para la mayor parte de sus lectores.

El sensualismo excéptico de Orozco y Berra en su extraña novela de la *Guerra de Treinta Años*, y el excéntrico humorismo de José M^o Ramírez, en su novela *Una rosa y un harapo*, no fueron comprendidos y esto explica por qué una y otra novela, no obstante su indisputable mérito, sólo son conocidas por los hombres de letras.

III

Mas hé aquí que en nuestro tiempo se ha verificado una evolución de grave trascendencia en el modo de concebir y escribir la novela. Esta forma literaria poco conocida en la antigüedad, y que había comenzado, á lo menos en Francia y en España, por ser la pintura y la sátira de las costumbres, para convertirse después en dogmática y ser empleada como vehículo de las nuevas ideas, como medio de propaganda de todas las utopías, y campo abierto para la discusión de todos los problemas que la ciencia social ha planteado, ha llegado en estos últimos tiempos, á ser considerada por los propugnadores de las nuevas escuelas, como una forma impersonal y un medio de reproducir con fidelidad y exactitud los accidentes todos, así los más comunes y sencillos, como los más complicados que forman la trama inmensa de la vida. De esta suerte los tiempos actuales son más propicios á los novelistas mejicanos, porque el público, cuyo gusto se ha formado ya en las novelas de Pérez Galdós, la Sra. Pardo Bazán, Pareda y otros novelistas contemporáneos,

no gusta ya de que se le presenten, como objeto de estudio ó como medio de seducción, los grandes problemas que turban nuestras conciencias y llevan la inquietud á nuestras almas, sino que se conforma con que se le haga ver la realidad, embellecida, pero no desfigurada, por los suaves resplandores que sobre ella derrama el talento del autor. El público moderno, contándose entre él el público de nuestra patria, no busca sólo la verosimilitud, cualidad en todos tiempos requerida para la perfección de una obra literaria, sino que quiere la verdad, hechos reales y positivos que pueda haber presenciado alguna vez, caracteres vivos y existentes con quienes se haya encontrado ó podido encontrarse en el mundo real, y situaciones que por ser ordinarias y hasta vulgares le sean conocidas y despierten su interés como lo despierta todo lo que de cerca nos atañe.

No entra ciertamente en nuestro propósito examinar aquí los títulos que se abrogan los defensores de las nuevas teorías para proclamar la supremacía de éstas sobre las teorías anteriores, ni siquiera nos atreveríamos á afirmar que ésta sea, como creen algunos, la evolución definitiva de la novela, ni el grado supremo de perfección á que pueda llegar; nos basta para el objeto que

nos proponemos, hacer constar la existencia del hecho, y añadir que, en efecto, las novelas que han pintado la realidad, aquellas que mejor han retratado las costumbres de la época en que se escribieron, como las novelas del género picaresco, en la literatura española, son las que han sobrevivido á tantas otras producciones en las cuales predominan el ingenio y la imaginación del escritor.

Diremos más todavía, y es que según nuestro juicio, esta nueva evolución de la novela, obedece á causas más hondas que el placer del público ó los inconstantes caprichos de la moda. Haciendo á un lado la novela pornográfica que muchos confunden malamente con la novela realista, y que nosotros condenamos con todas nuestras fuerzas, no puede dudarse que al preferir el público la realidad á las más bellas ficciones, y los accidentes más comunes á los casos excepcionales, da á conocer claramente el predominio que en las sociedades modernas va adquiriendo la idea democrática. No es la democracia, como vulgarmente se cree, una simple forma de gobierno; es una manera especial de ser de las sociedades actuales, y el punto al cual, con más ó menos prisa, por medios más ó menos violentos, se dirigen las naciones contemporáneas. La democra-

cia como forma, si no definitiva, por lo menos durable, de las sociedades contemporáneas ha penetrado ya en los hábitos, en las costumbres y aun en las aficiones y los gustos literarios de los pueblos. Esto ha pasado en el teatro con las dos formas que hoy podemos llamar clásicas, aunque una de ellas no haya sido conocida por los antiguos: la tragedia llena de sublimes terrores, la que conmoviendo al público con los infortunios de los grandes personajes es hoy apenas cultivada y casi ha caído en desuso, y el drama que reproduciendo la vida tal como es en nuestros días, ofreciéndonos situaciones que podrían considerarse comunes y ordinarias entre personas iguales á nosotros, va adquiriendo mayor boga cada día. Esto mismo pasa con la novela realista y las novelas de pura imaginación, ya hayan sido de propaganda como las de Eugenio Sué, ó bien con teorías filosóficas y trascendentales como las de Jorge Sand.—La literatura como todas las otras formas de expresión del pensamiento tiene que sufrir la influencia de las ideas predominantes en la sociedad.

Dicho esto se comprende cómo la época presente debe ser más propicia que las anteriores para la novela en México. Sin que nuestros novelistas puedan contar, como los novelistas extranjeros, con tan variados

puntos de observación, teniendo que reproducir una vida menos rica en accidentes, por la uniformidad de nuestras costumbres y luchando también con no pocas preocupaciones que entre nosotros no permitirían penetrar muy hondamente en los arcanos del corazón y en las perturbaciones de las conciencias, sin peligro de crear tipos falsos que no correspondan á la realidad ó caracteres excepcionales que pudieran tomarse como retrato de personas determinadas; nuestros novelistas modernos, si están dotados de un talento sagaz y reflexivo, si al espíritu de observación saben unir la habilidad en describir y las galas de una dicción sencilla y natural, pero correcta y animada, podrán competir, á nuestro juicio, si no con los grandes maestros del arte, sí con muchos de los más afamados novelistas extranjeros.

Requírese para ello estudio atento y reflexivo, conocimiento profundo de las dificultades del arte; y se necesita también un público que aliente con sus aplausos el verdadero mérito, y una crítica juiciosa y sosegada, igualmente extraña á las complacencias de la amistad y á las reticencias de la envidia.

El autor de «La Calandria,» á quien seguramente no han faltado las cualidades que

nosotros señalamos como indispensables en el novelista para hacer una obra durable, ha tenido también la buena suerte de contar con el aplauso unánime de sus lectores. Hemos visto no pocos artículos encomiásticos en los periódicos, y no tenemos noticia de que á su novela se haya señalado defecto alguno grave que pudiera hacerla desmerecer en el concepto del público.

Esto, según nuestra opinión, ha consistido, primeramente, en que el Sr. Delgado, tal vez instintivamente, pero sin duda dando en ello prueba de su buen sentido literario ha comprendido que llegó ya el momento oportuno de que la novela se cultive con éxito entre nosotros; y también, en que antes de exponerse á los azares de la publicidad, no arrojados por él en este género de composiciones, ha estudiado con detenimiento y atención las teorías modernas y las aficiones del público, escribiendo su obra con pleno conocimiento de los medios que iba á emplear para darle la mayor perfección posible.

Este estudio concienzudo y reflexivo que para la generalidad de los lectores pasará tal vez inadvertido, pero que el crítico imparcial tiene el deber de señalar, como uno de tantos méritos del autor, así como la oportunidad de la publicación, recomiendan

desde luego al autor de ella, y le hacen merecedor de los aplausos que ha conquistado. Mas como ésto no basta para explicar el éxito brillante que ha coronado sus esfuerzos, nos veremos obligados, para desempeñar cumplidamente la tarea que nos hemos impuesto, á entrar, en el artículo siguiente, al estudio concreto de la novela en que nos hemos venido ocupando, después de haber establecido en el presente las consideraciones generales, que servirán para ilustrar nuestro criterio.

Dijimos al comenzar el presente estudio que la novela del señor Delgado, que nos proponemos analizar, pertenece al género realista y queremos ahora, antes de pasar adelante, explicar en qué sentido le atribuímos tal calificativo, que para muchos habrá sido como título de recomendación y para no pocos motivo de escándalo literario.

Sin entrar aquí en disquisiciones que harían demasiado largos estos apuntes y que algunos creerían ociosas, aunque para nosotros no lo sean tanto, remiteremos á nuestros lectores á lo que acerca de este interesante asunto ha escrito la señora D^{ca}. Emilia Pardo Bazán, en su opúsculo intitulado *La Cuestión Palpitante*. Allí verán cómo las discusiones sostenidas acerca del naturalismo y del idealismo en literatura, han inva-

dido los campos de la filosofía, y vienen por último á resolverse en la afirmación ó en la negación de la libertad humana, y el predominio de una de las dos substancias que forman nuestro sér, el espíritu ó la materia. Planteada la cuestión en este terreno, no cabe duda que el *naturalismo* en literatura correspondiendo á las tendencias materialistas de la filosofía moderna, es censurable y digno de reprobación, sin que, á nuestro juicio, pueda hacerle triunfar, en un espíritu desapasionado é imparcial, el notable ingenio con que le ha defendido el célebre novelista Zola, uno de los talentos artísticos más poderosos de nuestra época, aunque cohibido desgraciadamente, por los mezquinos límites que él mismo ha trazado al arte, y los cuales, según parece, intenta ya salvar. (1)

Pero en esta cuestión ha acontecido lo que de ordinario acontece en toda clase de cuestiones científicas ó literarias, y es, que los mismos enemigos de las nuevas ideas comienzan á participar más ó menos de ellas, resultando de aquí que, atenuando cada uno de los contendientes lo exagerado de sus

(1) Zola expuso claramente sus teorías literarias en el opúsculo intitulado *Le roman expérimental*, y según han anunciado algunos periódicos parece que está escribiendo ó intenta escribir una novela idealista.

pretensiones, y saliendo del exclusivismo en que se había encerrado, se llegan á echar las bases de una conciliación, dentro de la cual, y sin pasar los límites que la prudencia y el buen sentido del público verdaderamente ilustrado señalan, caben todas las aspiraciones de los que antes se consideraban como irreconciliables enemigos.

Esto ha pasado con las cuestiones de que venimos hablando. Puestas á discusión las teorías de Zola, atraída la atención de los hombres pensadores hacia un género de investigaciones á las cuales antes no daban mayor importancia, se ha llegado, por último, á una concepción más amplia, más completa y más perfecta del arte, que es lo que en la actualidad se llama *realismo*. Comprende y abarca éste, dice la citada escritora, lo natural y lo espiritual el cuerpo y el alma, y concilia y reduce á unidad la oposición del naturalismo y del idealismo racional. En el realismo cabe todo, menos las exageraciones y desvaríos de las dos escuelas extremas, y por precisa consecuencia, exclusivistas.

De esta suerte la escuela realista, cuya importancia hemos tenido alguna vez ocasión de señalar, aunque condenando siempre lo que tiene ó puede tener de común con el naturalismo, expresión en literatura de una

concepción filosófica que consideramos falsa é incompleta, comprende dentro de sus anchos linderos todas aquellas obras literarias en las cuales, equilibrándose perfectamente la razón y la imaginación, se reproduce la vida real, tal cual es, sin que el poeta ó el escritor sustituya ó trate de sustituir la concepción de tipos ó de situaciones ideales, á la expresión ó al retrato de situaciones ó caracteres que tienen como mérito principal y como motivo de atracción para los lectores, el ser en todo conformes á la verdad. Considerada así la novela realista, no hay motivo para excluir de ella ni las agitaciones interiores del alma, ni las aspiraciones del hombre á una belleza ideal, ni la lucha de las pasiones con el deber, porque todo ello forma parte de la realidad. Siempre que un hecho real, pudiéramos decir con la ilustre autora de *El Nuevo Teatro Crítico*, sea del orden espiritual ó material, sirve de base al arte, basta para legitimarle.

Pero si lo dicho hasta aquí es suficiente para justificar el sentido en que hemos llamado á la novela del Sr. Delgado una novela realista, haciendo cesar toda prevención que le fuera desfavorable, no será bastante quizá para que nuestros lectores, á alguno de los cuales suponemos poco versados en este género de estudios, puedan formarse